Queridos fieles   V Domindo de Pentecostes.

Acabamos de ver a Cristo ante la Historia proclamándose el Legado Divino, el Hijo de Dios. Ante la Historia aparece Jesucristo sellando sus afirmaciones con la autenticidad de sus sellos privativos e infalsificables de Dios: los milagros. Si se procediese con Cristo, nada más que como ordinariamente se procede con los personajes que nos presenta la Historia, tendríamos, en plena cinecia y crítica escrupulósa, el concepto exacto de la persona de Cristo, como se afirma la personalidad de un Ciceron, de un Seneca, de un Filón, de un Cesar Augusto, etc.. Digo mal, tendríamos la personalidad de Cristo mucho más caracterizada, mucho mas detallada que la de todos esos personajes históricos. Pero en la posesión cierta y segura de la verdad, que nada teme, podemos repetir una vez mas la pregunta que Cristo hiciera a aquellos que componían el circulo de sus amistades, de los que tenían motivos para conocerle, dirigiéndonos, no ya a Cristo de quien hemos indagado lo que pensaba de si mismo, no ya a sus obras de las que hemos deducido que era algo mas que hombre, era Dios que tiene en sus manos todas las cosas, o escudriñando su vida, su vida pública que era conocida de sus enemigos que estaban al acecho y en la hora suprema de la verdad no pudieron echarle nada en la cara, y a la misma conclusión nos lleva la fé que en su divinidad tenían los que habían sido testigos de sus debilidades, de sus quebrantos, los apóstoles y discípulos que conocían intimamente su vida.

Pero los hombres descreidos, los pseudo-científicos aguzando su ingenio y poniendo al servicio de sus pasiones, de su corazon que no quería creer en Cristo, salieron en liza contra Jesucristo con el arma de la supuesta leyenda y del mito. Estos nos afirmaron que Cristo era un hombre ideal, de vida maravillosa pero nada más que hombre; y que solamente un entusiamo tardío de los siglos cristianos le levantó a categoría de Dios; que a medida que los siglos iban alejandose de El, acumulaba la leyenda en su figura más y más rasgos ideales y asi llegó a ser Dios. En resumidas cuentas quieren decir que Jesucristo no fue tenido por Dios por sus contemporaneos. Y nosotros vamos a ver brevemente lo que sus contemporaneos pensaron de Jesucristo, de su personalidad.

El primer testimonio clásico que demuestra que sus seguidores inmediatos, los apóstoles y las primeras comunidades cristianas creían ya con fé decidida que El era el Mesías, que El era Dios, es el de San Pedro, que el día Pentecostes en su primer sermón, dice: " Persuádase, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que Dios ha constituido Señor a este mismo Jesús, al cual vosotros habéis crucificado". Es lo que confiesa San Pedro, no unos siglos despues de Jesucristo, sino diez días despues de su Ascension.

Y cuando el Principe de los Apóstoles, despues de curar al tullido, predica en el templo, aludiendo a la pasión del Señor, dice: "Dios ha cumplido de ésta suerte lo pronunciado por boca de todos los profétas, en orden a la Pasion de su Cristo". Y ante el Sanedrín en aquel valinte discurso, dice también; "Este Jesús es aquella piedra que vosotros deshechsteis al edificar, la cual ha venido a ser la principal piedra del angulo. Fuera de él no hay que buscar la salvación".

Y no menos tajantemente que San Pedro, afirman la divinidad de Cristo los otros apostoles. Ahí tenemos por ejemplo el testimonio de San Juan que comienza el prologo de su sublime Evangelio con una declaracion estupenda de la divinidad de Cristo. "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios" "Y el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros". Y segun San Juan renegar de Cristo es renegar de Dios. "Cualquiera que niega al Hijo tampoco reconoce al Padre". Pueden darse testimonios más claros de la fé en la divinidad de Cristo?

Y sobre todo qué decir de aquel ardoroso Pablo que convertido de perseguidor en Apóstol "empezo desde luego a predicar en la sinagogas afirmando que este era el Hijo de Dios". No despues de siglos, sino en los mismos años en que vivín los que habín conocido a Cristo, entre los mismos que le conocieron como acérrimo perseguidor de Cristo. No tenemos más que abrir cualquiera de sus cartas, sus catorce cartas en las que llama a Cristo más de doscientas veces Kyrios, expresión que para los judios significaba el Señor Dios. El que quisiera poner en tela de juicio la divinidad de Cristo, tendría que suprimir todas las cartas paulinas. Nunca terminaríamos si quisiéramos aducir las citas de pasajes en que el Apostol San Pablo atribuye propiedades divinas a Jesucristo.